

Capítulo 1

En la actualidad.

Paseo de los Menhires, A Coruña

El graznido de las gaviotas que volaban por encima de su cabeza hizo sonreír a Shadow. Si miraba hacia abajo, podía ver cómo las olas rompían a los pies de la pequeña ensenada. La bajamar había dejado al descubierto los cantos rodados de color blanco que el agua no tardaría en cubrir. La naturaleza salvaje y agreste de aquel paraje siempre le llamaba la atención. Había perdido la cuenta de las veces que había ido allí a tomar fotografías del paisaje y de la Torre de Hércules, el faro romano en funcionamiento más antiguo del mundo, que esa mañana se recortaba contra el horizonte cubierto por un halo de niebla; algo tan habitual como el viento que ahora mismo tironeaba de la falda de su vestido y enmarañaba su pelo.

Respiró hondo, empapándose en el olor a salitre y sonriendo con el rostro alzado hacia el sol. En aquel hermoso lugar siempre encontraba paz. Sus ojos verdes vagaron por el parque, absorbiendo cada pequeño detalle de su alrededor, y le sorprendió encontrarse con tanta gente. Cuando dejó el coche en el aparcamiento de la Torre y recogió su inseparable cámara de fotos del maletero, ya había reparado en los dos autobuses aparcados al final del *parking*. El acento del grupo de personas con las que se cruzó a la altura de la escultura dedicada a Breogán, que presidía el camino empedrado que ascendía hacia la Torre, tenía matices inconfundibles; debía de tratarse de alguna excursión procedente del sur, el deje de los andaluces era inconfundible, como también lo eran la vitalidad y el desparpajo que mostraban a una hora tan temprana.

La mañana se había presentado soleada y el viento frío que se alzaba desde el mar evitaba que el ambiente resultase sofocante. No era común que a finales del mes de mayo se produjesen temperaturas tan elevadas. Al contrario, el clima propio de la zona tendía a la humedad y las lluvias incluso en pleno julio.

Haciendo a un lado sus pensamientos, continuó su camino cuando un juguetón perro dorado pasó corriendo a su lado con una pelota en la boca y el pelaje ondeando al viento. Un par de ciclistas paseaban por los empinados y tortuosos senderos que recorrían todo el parque de la Torre. No lejos de ella, una mujer mayor, sentada en uno de los bancos de respaldo curvo, perfecto para ver el cielo estrellado por la noche, sonreía mientras extraía migas de pan de una bolsa blanca y las esparcía entre el grupo de palomas y alguna que otra gaviota que habían acudido para darse un banquete a sus pies.

Ella se agachó cuando un par de aves bajaron planeando sobre su cabeza para ir a posarse con gracia a los pies de la mujer, picoteando con gula el inesperado regalo. La imagen hizo que encendiese la cámara para dirigirla hacia la anciana y las palomas. Ésta giró en ese instante el rostro hacia ella; una cara de facciones dulces y ojos amables que le daban una apariencia mucho más joven de la que ella le había supuesto en un principio. Apartando el dedo del disparador, bajó la cámara con un ligero rubor cubriendo sus mejillas.

—Lo siento —se disculpó, caminando hacia la mujer al tiempo que señalaba a los animales—. Me ha llamado la atención la manera en que las palomas y las gaviotas se arremolinan a sus pies, no era mi intención molestarla.

La mujer se limitó a sonreírle con calidez mientras metía la mano en la bolsa y sacaba otro puñado de migas que lanzó a sus pies, como si su presencia sólo hubiese sido una momentánea intrusión.

Ella la contempló con cierta vacilación antes de enfocar al suelo y hacer un par de rápidas fotos. Algunas de las palomas

alzaron el vuelo haciendo que se girase para captar en una instantánea la inesperada escena. Como era habitual, el rumor del mar y la brisa del viento acariciaban y mecían las plantas y flores que se aferraban con insistencia a los bordes de la costa, llamando su atención. Se entretuvo durante un buen rato inmortalizando repetidamente aquel panorama; una de tantas escenas que se clonaba sin descanso en aquel trozo de tierra.

Satisfecha con el resultado, se dio la vuelta con intención de murmurar una educada despedida, pero todo lo que encontró fue un asiento vacío. Las palomas y las gaviotas seguían comiendo el pan en el suelo, algunas incluso habían subido al banco de madera para comer del interior de la bolsa blanca; pero no había ni rastro de la mujer.

Frunciendo el ceño, pasó la mirada por las inmediaciones intentando localizarla. Por uno de los senderos, paralelo a las pistas deportivas, paseaba una pareja y uno de los ciclistas con los que se había cruzado antes hacía el camino de regreso, pero la mujer que había estado alimentando a las palomas no estaba por ninguna parte.

Un inesperado escalofrío le bajó por la espalda. De manera inconsciente, sus dedos se cerraron alrededor del viejo colgante que llevaba en torno al cuello y comenzó a acariciarlo.

—Vaya, esto sí que ha sido raro —murmuró, notando bajo los dedos el relieve de las líneas grabadas en él.

Tras unos breves instantes, sacudió la cabeza haciendo a un lado la alocada idea que una y otra vez aparecía en su mente y dirigió de nuevo el objetivo de su cámara hacia el banco en el que había estado sentada la mujer. Sacó una última foto y continuó por el sendero que conducía al enorme cuerno de metal oxidado que presidía uno de los salientes, unos cuantos metros más abajo de su posición. Por fortuna el mar estaba en calma, ya que de lo contrario acabaría recibiendo una rociada de agua fría y salada muy refrescante.

Mientras Shadow se alejaba hacia el nuevo objeto de su interés, una de las palomas que había estado picoteando el pan

del suelo levantó el vuelo, sólo para volver a posarse unos metros más allá; a los pies de la misteriosa mujer, que observaba la partida de la chica.

Su mirada sagaz seguía cada uno de los movimientos de Shadow. Estiró sus carnosos labios en una suave sonrisa que consiguió iluminar su rostro de piel clara, surcado con alguna pequeña arruga que no le restaba atractivo.

—Se acerca el momento de regresar, mi estrella —habló en un idioma que no se había escuchado antes en aquellas tierras que compartían sus mismas raíces celtas.

Su gaélico era antiguo, con un profundo acento procedente de un reino cuya memoria se había perdido con el transcurrir de los siglos; un lugar que aguardaba oculto en los pliegues del tiempo, corriendo paralelo al mundo actual, esperando la llegada de la Prometida de Dalriada.

—El momento está cerca.

El corredor del área de embarque del aeropuerto de Alvedro, en la ciudad de A Coruña, era un pasillo que ya había recorrido con anterioridad. La única diferencia radicaba en el motivo de su visita. En esta ocasión, los asuntos que traían a Kieran Dominic McTavish a visitar la pintoresca ciudad gallega distaban mucho de ser apetecibles. Si cabe, eran más bien todo lo contrario, pues se presentaban ante él como el mayor de los desafíos posibles.

—No dejan de asombrarme estos cacharros —comentó el hombre de profunda voz masculina que lo acompañaba. Su acento no parecía tan evidente cuando hablaba en su idioma natal—. En un par de horas son capaces de trasladarte de un país a otro, atravesando montañas y océanos. Aunque son un poco pequeños para mi gusto, prefiero poder moverme a mis anchas.

Él echó un fugaz vistazo a su compañero e ignoró el incesante parloteo. No tenía tiempo para pensar en Aedan y sus

descubrimientos sobre esta nueva época tan ajena a la de ellos. Al menos su amigo había dejado de desmenuzar y estudiar todo aquello que se movía o emitía alguna clase de sonido extraño, para continuar con la fase de asombro e inmediato interés que lo mantenía en un eterno estado de excitación y hambre de conocimiento.

Asegurando la mochila al hombro, siguió al resto de los pasajeros con los que ellos habían compartido el vuelo, pasando a través de las puertas de seguridad hacia la zona de recepción de equipajes. La gente se reunía alrededor de las cintas esperando para recoger las maletas, mientras otros ya llevaban el equipaje consigo camino de la salida.

—¿Cuánto tiempo tendremos que pasar aquí exactamente? —insistió Aedan, posando la mano sobre su hombro para captar su atención—. Empiezo a acostumbrarme a esta época, pero no puedo dejar de pensar que nos necesitan en...

La frase de su amigo quedó interrumpida, sustituida por el incomprensible exabrupto que surgió de su boca al tiempo que daba un pequeño salto hacia atrás. Aquella mujer parecía tener la suficiente prisa como para pasarle las ruedas del carro de las maletas por encima los pies y no darse cuenta hasta un par de pasos más allá.

—Oh, Dios, cuanto lo siento, yo... —empezó a excusarse la joven, volviendo sobre sus pasos para comprobar el daño que había provocado. Los compungidos ojos marrones vagaron del hombre que parecía estar mascullando alguna cosa en un idioma que no conocía a su acompañante, pero la disculpa que estaba a punto de abandonar sus labios quedó ahogada bajo la repentina sorpresa—. ¿Dominic? ¿Dominic McTavish?

Al escuchar su nombre, él alzó la mirada confirmando la sospecha que le asedió al reconocer aquella voz femenina. Se quitó las gafas oscuras que hasta el momento habían cubierto sus intensos ojos color miel y la saludó.

—Anna Foreman —declaró, confirmando la identidad de la mujer. Alta y esbelta, vestida con un femenino traje de

chaqueta y pantalón, lo miraba como si no pudiese dar crédito a su presencia—. Ha pasado mucho tiempo...

Se dirigió a la mujer en inglés, haciendo que su voz sonase mucho más suave, matizada por el pesado acento que le otorgaba su propio idioma.

Ella asintió, bastante sorprendida, al encontrárselo de nuevo en aquella ciudad.

—¿Cómo tú por aquí? —Su pregunta fue directa, sin subterfugios. La censura en su voz, más que obvia—. ¿Asuntos de trabajo?

Él esbozó una irónica sonrisa, pero decidió contenerse. Ella no necesitaba saber los motivos de su presencia en la ciudad. De todos modos, tampoco era algo que pudiese compartir.

—Algo así —contestó en cambio, y señaló las puertas con un movimiento de la barbilla—. No quisiera retrasarte, es obvio que llevas prisa.

Ella se sonrojó. La indirecta en su voz era clara y definitiva. Anna se giró entonces hacia Aedan, que observaba el intercambio entre los dos con curiosidad.

—Lamento el accidente, espero que esté usted bien —se disculpó ella, antes de dirigirse de nuevo a él—. Me gustaría decir que ha sido un placer volver a verte, Dominic.

A él no se le escapó la ironía de aquel comentario.

—Y a mí poder creerlo —agregó con la misma ironía. Con una rápida mirada a Aedan, se volvió hacia la mujer y le dedicó una ligera inclinación de cabeza a modo de despedida—. Anna...

Sin decir una palabra más, Aedan y él cruzaron las puertas que comunicaban con el área de recepción del aeropuerto y de ahí llegaron al exterior, dónde los recibió el sonido de las interminables obras y el calor de una mañana soleada. Tras sortear los intrincados pasadizos que separaban la entrada principal del pequeño aeródromo del tramo de obras, se unieron al resto de pasajeros para tomar un taxi que les llevara hasta el

hotel. Una vez allí podrían ocuparse del asunto que había conducido a dos de los druidas de Dalriada hasta aquella época.

—¿Quién era esa mujer? —preguntó Aedan, dejando caer al suelo la bolsa que había estado sujetando sobre su hombro—. Le ha faltado sacar un cuchillo y degollarte. ¿*Ella* también es así?

Él se limitó a ponerse de nuevo las gafas antes de mirar al hombre que permanecía a su lado, con una amplia y estúpida sonrisa en la cara. Los ojos castaños de Aedan chispeaban de diversión mientras se acariciaba la barba de dos días que le cubría el mentón. Vestido con unos vaqueros y una camisa blanca que contrastaba con su bronceada piel y negro pelo, ahora corto, aquel hombre distaba mucho de parecerse en algo al primogénito del laird McNeil. El joven, además de ser su mejor amigo, era el druida de su clan.

—No tiene la menor idea de la que se le viene encima, ¿no es así? —continuó Aedan, sin prestar atención a su sombrío humor—. Al parecer, los dioses tienen sus propios planes y nosotros no somos más que peones en su enorme tablero de ajedrez.

Él no podía estar más de acuerdo; ellos eran, sin duda, la prueba evidente. Tanto él como Aedan habían sido criados en las artes drúidicas, se les inculcó el respeto por la Naturaleza, por los dones que esta ofrece; se los adiestró como guerreros, dignos sucesores para sus respectivos clanes; amaban su tierra y a sus gentes, y deseaban, al igual que todos los clanes de Dalriada, que un día la oscuridad que había caído sobre ellos veinticinco años atrás se desvaneciese.

Desde la primera vez que había escuchado hablar de la Profecía de la Alta Druidesa y su sacrificio, se había sentido atraído por aquella leyenda. Los más ancianos del clan solían relatarla al calor de la hoguera; hablaba de una mujer única, la doncella que había logrado escapar al asalto del castillo de Duntrune, que regresaría para tomar posesión de su legado devolviendo a Dalriada el lugar y la gloria que había

conocido antes de que los northumbrianos hubiesen ascendido al poder.

Unos decían que la muchacha era la hija del fallecido rey Alpin McEochaid, la única heredera que habría logrado huir de la masacre; otros creían que se trataba de una *banfbilid*, una poderosa druidesa, que desencadenaría el poder de aquella tierra manchada con la sangre de tantos inocentes y derrocaría al usurpador, pero lo único que se sabía a ciencia cierta era que, en el momento en que el rey cayó y con él su Alta Sacerdotisa, nació una profecía que tiñó con sangre las paredes del castillo de Dunnad; la cuna de los reyes.

La Profecía que vinculaba a los druidas de los cuatro principales señoríos de Dalriada al destino de su Prometida, y que los había conducido a él, Kieran Dominic McTavish, y a su compañero a través de las *liths* —las antiguas piedras de viaje— para recuperar a la única mujer que podría cumplir con ésta: la Prometida de Dalriada.

Él se volvió por fin hacia su amigo para confirmar sus sospechas.

—No, Aedan, ella no tiene la menor idea de lo que se le viene encima.

Luego abrió la puerta del taxi que se había detenido ante ellos y entró en él.

—Pues parece que pronto va a descubrirlo —murmuró Aedan, subiendo al vehículo tras él, deseando poder terminar cuanto antes con lo que les había llevado a aquella extraña época. Quizá entonces su amigo podría empezar a relajarse.

Shadow cerró a su espalda la puerta del apartamento con un golpe de talón, mientras maniobraba con las bolsas de la compra y el bolso de camino a la cocina. Había tenido que hacer una parada obligada en el supermercado para llenar la nevera, comprar algunos artículos de limpieza y detergente para la lavadora. La última colada se había lavado con un programa

económico: ni detergente ni agua; con las prisas se había olvidado de encender el electrodoméstico para que hiciera su trabajo.

Dejando las bolsas sobre la mesa, empezó a abrir y cerrar puertas, colocando la compra y rellenando de nuevo el frigorífico. No era sorprendente que su hermano pensase que la mayoría de los días vivía del aire; cada vez que venía de improviso, encontraba la nevera vacía y sin una triste cerveza o refresco que llevarse a la boca.

Guardando las bolsas en uno de los cajones de la mesa para reutilizarlas en la próxima ocasión, cogió la caja de comida para gatos y la agitó de camino al salón.

Había alquilado un pequeño piso en la avenida de Joaquín Planells, paralela a la estación de trenes; uno de los pocos lugares en los que le habían permitido tener animales, si podía catalogarse de esa forma al vago y perezoso gato callejero que había rescatado su ex novio hacía ya algo más de dos años.

Maurice llegó maullando desde el salón, restregando su fornido cuerpo contra sus pies en busca de su ración de croquetas. El gato era tan sibarita que sólo aceptaba una marca de pienso, que si bien era de las más baratas, no resultaba demasiado fácil de encontrar. El minino era enorme, de color blanco y con el rabo cercenado, quizá durante alguna pelea. Tenía parte de la peluda cara negra y una enorme mancha del mismo tono decoraba su pelaje. Sus ojos dorados parecían estar siempre suplicando mimos y alimento.

—Hola *Maurice*. Sí, sí, ya te he escuchado —canturreó de camino al salón—. Aquí está tu comida... Más vale que te la zampes toda, o estarás a dieta toda la semana. Aunque, bien mirado, no te vendría nada mal.

Como si entendiese lo que decía su ama, el gato lanzó un sonoro maullido de protesta que fue interrumpido por el timbre del teléfono.

Ella saltó por encima del animal, dejó el recipiente de comida a un lado de la puerta, junto al bebedero, y cruzó la habitación para contestar a la llamada.

—Shadow al habla —respondió tras haber visto el número en la pantalla del teléfono, mientras se dejaba caer en el sofá sin mucha ceremonia—. En este momento no te puedo atender... Si me debes dinero, vuelve a llamarme y te daré mi número de cuenta...

Un resoplido atravesó la línea, seguido de la voz ronca, matizada con acento irlandés, de su hermano Ramsey.

—Si mal no recuerdo, eres tú la que me debe dinero, Shad —le respondió en castellano. Si escucharle hablar en inglés con ese acento era divertido, en castellano... Bueno, todavía se preguntaba cómo la empresa de software en la que había estado trabajando en Londres le había ofrecido un nuevo puesto, con mayor sueldo, por su dominio del idioma. Había llegado a plantearse si el director de la empresa estaba sordo. Ella no era muy ducha en los idiomas, pero había aprendido lo suficiente como para no ofender a nadie y que se la entendiese cuanto pronunciaba, a pesar de su acento.

—Te dije que te lo devolvería... Es solo que aún no me han pagado en la academia —respondió, colocando un brazo por detrás de la cabeza—. Me acercaré esta tarde, de camino al laboratorio fotográfico.

Un nuevo suspiro.

—¿Es eso lo que has estado haciendo toda la mañana? ¿Qué has hecho con el teléfono móvil que te regalé? Se supone que tienes que llevarlo en el bolso, no dejarlo en casa —le recordó con resignación y un tinte de sarcasmo—. Y necesita ser enchufado a la corriente eléctrica para recargarse, guapa, que no funciona con energía solar.

Ella compuso una mueca y echó un vistazo al cable del teléfono, que colgaba de la estantería al otro lado del salón.

—Lo estoy cargando —murmuró, poniendo los ojos en blanco.

—¿El teléfono? ¿O sólo el pobre cable, el cual vive permanentemente conectado a la toma de corriente?

El tono irónico en la voz de Ramsey hizo que se levantara del sofá, refunfuñando, y fuese en busca del maldito teléfono para conectarlo al adaptador.

—Ya está.

—Gracias, amorcito. —La satisfacción que oía al otro lado de la línea la hizo sonreír a pesar de todo.

Ellos no eran hermanos de sangre. En realidad ella ni siquiera recordaba a sus padres biológicos. Todo lo que sabía de sí misma era que, siendo apenas una niña, había sido encontrada vagando sola en el parque de la Torre de Hércules. Ramsey fue quien la encontró, después de haber escapado de la vigilancia de sus padres. El matrimonio Avery estaba de viaje en Galicia, lo que posiblemente la salvó de acabar en un sistema de acogida.

Ella no recordaba gran cosa de aquel entonces, sólo que la policía había sido incapaz de descubrir su identidad y, tal y como sus padres adoptivos le explicaron tiempo después, el primer año que siguió a su aparición lo había pasado en un mutismo absoluto; hasta el punto de hacerles pensar a todos que era autista.

Pero, cuando un buen día la encontraron parlotando sin cesar ante un asombrado Ramsey, al cual había empezado a seguir a todas partes, lo ocurrido hasta entonces dejó de tener importancia y su vida comenzó a ser como la de cualquier niña de cinco años.

Con el tiempo, su hermano se convirtió también en su única familia, tras un desafortunado accidente ferroviario en el que sus padres adoptivos perdieron la vida, lo que convirtió a Ramsey en su tutor legal. Aquel fue un duro golpe para él, que le obligó a abandonar la universidad y a ponerse a trabajar para poder salir adelante y cuidar de ella.

Sonrió ante el recuerdo.

—Si llamas a todas las mujeres de la misma manera, Anna se buscará a otro.

Escuchó un ligero suspiro al otro lado de la línea.

—Por fortuna, Anna es una mujer sensata y con una paciencia infinita —aseguró su hermano, con un obvio tono meloso.

Ramsey llevaba viviendo Anna desde hacía cinco años y, teniendo en cuenta que la muchacha había dejado su trabajo en Londres para venirse a España cuando a él le asignaron el nuevo trabajo, decía mucho a favor del amor que se profesaban.

—¿Ya ha vuelto de...? ¿Adónde iba? —preguntó, tratando de recordar el lugar al que su cuñada había ido a presentar el proyecto de su propia empresa.

—Milán —oyó la respuesta de su hermano—. Y sí, ha llegado esta misma mañana... —Hubo un repentino silencio, seguido de un profundo bufido de fastidio antes de continuar hablando—. Y se ha encontrado con alguien en el aeropuerto.

Ella frunció el ceño ante el tono en la voz de Ramsey.

—¿Con quién?

Hubo un momento de silencio, tan largo que llegó a pensar que la línea se había cortado. Finalmente escuchó la respuesta.

—Dominic McTavish.

Ella se quedó muda durante un instante, mientras su mente trabajaba componiendo una imagen de ese hombre. Una cálida mirada color miel en un rostro muy masculino; unos labios generosos y suaves, de los que no había escuchado otra cosa que mentiras; un sedoso pelo negro que se ondulaba sobre las orejas y en la base de su cuello... Ése era Dominic... Nick... El mismo hombre que la había abandonado dos años atrás sin más explicación que una austera nota.

Todavía con el auricular pegado a la oreja, intentó concentrarse en las palabras de su hermano.

—¿Se ha puesto en contacto contigo? —escuchó la pregunta a través de la línea.

Ella sacudió la cabeza, pero al darse cuenta de que Ramsey no podía ver el gesto, respondió.

—No —murmuró en voz baja, todavía sorprendida por la noticia.

Escuchó cómo su hermano resoplaba y mascullaba unas palabras antes de seguir hablando.

—No debí de habértelo dicho. Lo que ese tío te hizo...

Negándose a entrar de nuevo en esa discusión, optó por cambiar de conversación.

—Sabes, creo que voy a volver a pedirte dinero —le atajó, con intención de distraerle y hacerle cambiar de tema—. Acabo de hacer la compra y no sé si me quedará suficiente para acabar el mes. También necesito llenar el depósito de gasolina y, si no me reciben hoy en la academia para pagarme lo que me deben...

—Deberías denunciarles —resopló Ramsey, aceptando el giro de la conversación—. No es normal que tarden cuatro meses en pagarte una nómina.

—Teniendo en cuenta cómo están las cosas aquí, tengo suerte de que siquiera me paguen, Ram —masculló—. En fin... Acabo de llegar, como puedes ver estoy bien y, si no estalla el bol de macarrones que pienso meter en el microondas, seguiré estupendamente durante las próximas horas.

Ramsey farfulló algo sobre los macarrones y la salsa picante que a ella tanto le gustaba.

—¿Por qué no vienes a comer a casa? Incluso podrías quedarte unos días, Anna está deseando verte —aseguró, poniendo la misma excusa de siempre.

Pero ella se había marchado del piso que había comprado Ramsey precisamente por eso. Amaba a su hermano y adoraba a Anna, pero no se sentía cómoda viviendo con la pareja. Después de lo de Dominic, buscar un apartamento para ella sola había sido lo mejor para todos. No quería que la vieses llorar, odiaba que alguien fuera testigo de ello.

—¿Y ver cómo os metéis mano? —dramatizó—. No gracias. Prefiero mis macarrones con salsa picante.

Ramsey sabía que, llegados a ese punto, nada de lo que dijera o hiciera iba a hacerla cambiar de opinión, así que no lo intentó.

—De acuerdo, te llamaré esta noche para ver si todavía no te has tirado por la ventana —le dijo, fingiéndose herido.

Ella se rio.

—No sé, Ram. Suicidarse desde un primero podría marcar la diferencia —aseguró, lamiéndose los labios antes de dar por concluida la llamada—. Dale saludos a Anna de mi parte.

—Lo haré —aceptó su despedida—. Cuidate, hermanita.

—Tú también.

No esperó más. Apretó el botón de colgar y apoyó el teléfono contra su estómago. Su mente no hacía más que dar vueltas a las palabras de Ramsey; Dominic había vuelto.

«Maldición, Shady, prometiste no volver a pensar en ese hijo de puta», se recordó mientras se cubría los ojos con el antebrazo.

Dominic McTavish; Nick, como él prefería que le llamase. Él había entrado en su vida de la misma manera tan intempestiva como se había marchado. Si lo pensaba con frialdad, ni siquiera estaba segura de haber llegado a conocerlo alguna vez.

Su encuentro sucedió de manera fortuita. Ella había estado fotografiando el antiguo faro romano desde varias perspectivas y se dirigía a la Rosa de los Vientos, un enorme mosaico que domina gran parte del terreno, a los pies de la Torre de Hércules, en el que están inscritos los nombres de las Naciones Celtas.

El objetivo de la cámara lo había capturado incluso antes de que ella misma lo viese. La gabardina que le resguardaba del frío aquel día ondeaba al viento, al igual que la bufanda a cuadros que llevaba alrededor del cuello. Llevaba el pelo largo, atado con una simple tira de cuero en la nuca y más tarde se daría cuenta de que sentía predilección por vestir de negro o con tonos oscuros, que no hacían sino darle una apariencia peligrosa, misteriosa y sexy.

Se giró, alzando la mirada cuando la sorprendió enfocándole con la cámara, y arqueó una de aquellas delgadas cejas que enfatizaban sus expresivos ojos color miel al tiempo que una limpia sonrisa daba vida a su rostro.

—¿Afición o trabajo? —preguntó con una voz profunda y sensual mientras caminaba hacia ella.

En esos momentos fue consciente de su altura, que podría superar con facilidad el metro ochenta y cinco, y que sus ojos eran incluso más dorados de lo que había pensado al principio, bordeados con un reflejo verdoso; una mirada que no tenía ningún reparo en recorrer su figura haciendo que se ruborizara.

Él le sonrió y esa sonrisa, más que ninguna otra cosa, se había grabado en su mente mientras le veía inclinarse hacia delante, buscando sus ojos, con las manos todavía hundidas en los bolsillos de la gabardina.

—¿Te ha comido la lengua el gato, diablillo?

«Diablillo». Así fue como la llamó entonces, con una cadencia sensual que imprimía un extraño acento en su voz. Ella había supuesto que no era español y él lo había corroborado diciéndole que su hogar estaba bastante lejos de allí y que, en cierto modo, podría decirse que era escocés. Y durante un estúpido momento, había llegado incluso a imaginárselo como uno de los habitantes de las Tierras Altas de Escocia; con su estatura y complexión física habría podido pasar con facilidad por uno de ellos.

Durante doce maravillosos meses, Dominic había estado con ella, conquistándola y seduciéndola, y estúpidamente había llegado a pensar que incluso la había amado —aunque fuese sólo un poquito—, hasta que una mañana encontró sobre su almohada una nota con dos miserables palabras: «Adiós, Shadow».

Aquél día se marchó, llevándose consigo todo su rastro. El piso que él había alquilado durante aquel año había quedado abandonado y vacío. Nadie sabía de él o de su paradero.

Como una estúpida, se había enamorado del hombre equivocado. Su corazón había quedado tan herido que incluso ahora, dos años después, no encontraba en él otra cosa que una profunda amargura y tristeza por su propia estupidez.

Dejando el teléfono sobre la base, se dirigió a la cocina dispuesta a ponerse con la comida del día. Necesitaba estar ocupada, hacer algo que no le permitiese pensar.

—¿Por qué tienes que reaparecer justo ahora, Nick? —musitó con un profundo suspiro mientras abandonaba el salón—. ¿Por qué, justo ahora?